

---

## Notas y Documentos

### Discurso inaugural del Rector de la Universidad de Chile, Profesor don Juan Gómez Millas, en el año académico de 1961

Señores profesores y estudiantes: Henos aquí reunidos, al iniciar nuestras tareas escolares, para meditar en problemas que nos son comunes con toda la nación. Al hacerlo, seamos objetivos, olvidemos las diferencias políticas e ideológicas y tengamos presente sólo aquello que nos sirva para mejorar nuestra vida individual y colectiva y que nos aliente para realizar nobles tareas en el futuro.

Hasta hace poco tiempo se preveían, pero no se veían con claridad las relaciones que existen entre la educación y el desarrollo económico-social. Un importante grupo de personalidades durante la primera mitad del siglo se refirió con insistencia a este tema; sus nombres están en nuestros recuerdos: Alberto Edwards, Francisco A. Encina, Darío Salas, Luis Galdames, Guillermo Subercaseaux, Amanda Labarca y otros. Todos comprendieron estas relaciones y urgieron a meditar y obrar de acuerdo con ellas. Pero la idea dominante de la época era la que al final del proceso de educación cada cual asumía por entero la responsabilidad de sí mismo y, en el libre juego de la competencia, las capacidades encontraban el triunfo o la derrota. Pero hoy interesa a toda la nación, no sólo la educación de sus componentes para la felicidad de cada cual, sino también y, muy especialmente, para la realización de tareas que sobrepasan las ambiciones o las capacidades individuales.

Hoy nos importa el aprovechamiento máximo de todas las energías humanas, su buena formación y entrenamiento y su adecuada distribución. En todo el mundo los gobiernos están adquiriendo la función de ordenar, organizar y orientar la totalidad del proceso educativo en relación al desarrollo de la comunidad, en estrecha armonía con los planes de industrialización creciente. Ya no se duda en ninguna parte, sino por excepción, de que si el poder público tiene la función de planificar el desarrollo económico de la nación y puede realizar o estimular inversiones económicas en un sector determinado y restringirlas en otro, también tiene la obligación de formular los planes de educación que, en forma directa o indirecta, afecten a la planificación económica.

La planificación industrial que está en marcha en todo el mundo, la expansión sin precedentes

de las necesidades educacionales, el crecimiento demográfico, el ascenso de los grupos sociales, el mejoramiento universal de la salud pública con el aumento correlativo de los índices de vida, la diversificación rápida de profesiones y oficios y el apareamiento de otros nuevos, debido a la especialización, la intensificación de la competencia industrial y comercial, el despertar de nuevas naciones plétoras de ambición y de progresos acelerados, los procesos rápidos de decolonización y muchos otros factores, nos obligan a reeditar nuestra política interna y externa y, con especial énfasis, todo aquello que se refiere a la coordinación entre el proceso de la industrialización y el de la formación de gente y el aprovechamiento de los recursos humanos.

Si nuestros planes económicos consideran la prospección de los recursos naturales, su conservación y aprovechamiento, es indudable que los planes educacionales deben consultar los recursos financieros necesarios para formar suficientes biólogos, zoológicos, botánicos, geólogos, geógrafos, meteorólogos, hidrólogos, oceanógrafos, etc., y los profesionales y técnicos correspondientes. Si los planes de industrialización, como es inevitable, suponen la movilización del personal de trabajo, nuevos impactos sobre zonas rurales, nuevas aglomeraciones industriales, concentraciones suburbanas u otros cambios en la estructura de la sociedad o en las relaciones entre los grupos sociales, necesitamos prever las alteraciones de la vida social y las repercusiones psicológicas que acompañarán a los cambios y, para ello, precisamos formar sociólogos, antropólogos, psicólogos, especialistas en educación de adultos, etc., capaces de aconsejar resoluciones que eviten que la inversión económica y el esfuerzo humano sean devorados por la intranquilidad o por los desajustes individuales y familiares.

En los países de desarrollo acelerado, aquellos que están pasando de niveles bajos de vida a niveles medianos, una porción considerable de las fuertes inversiones que se hacen para su desarrollo se pierde, cuando los planificadores o inversionistas no consideran los efectos sociales, psicológicos y culturales derivados de la resistencia que el proceso de inversión provoca. El mal humor en el trabajo,

el sentimiento agudo de frustración, la incompreensión entre los grados de la jerarquía administrativa y técnica se precipitan en huelgas, trabajo lento, descuidos, habituación al sabotaje simulado, falta de auténtica coordinación y otras manifestaciones que se traducen en pérdidas y tensiones que hacen desagradable la convivencia y odiosa la disciplina para dirigentes y dirigidos.

Consideremos el mismo problema desde otro ángulo de observación. En todo el mundo constatamos, después de la Segunda Guerra Mundial, un despertar vigoroso del sentimiento de solidaridad internacional en el proceso del desarrollo industrial. Advertimos que la ayuda que unos estados ofrecen a otros no se motiva en un mero sentimiento filantrópico —que sin embargo existe—, sino en una necesidad ineludible de la economía internacional de abrir nuevos mercados a la producción y al consumo; de otra manera, las amenazas de guerra serían más agudas y las economías de las grandes potencias periclitarian y muy pronto veríamos aparecer graves síntomas de recesión y crisis generales.

La industrialización del mundo, fenomenológicamente, es el proceso más dinámico conocido hasta el día de hoy; no puede subsistir en un ambiente de competencia restringida; sea que se aplique en un régimen de economía privada o de economía de estado, aspira a horizontes infinitos, desconoce las fronteras, las clases y las jerarquías tradicionales y, desde hace años, arrastrada por igual espíritu que el que domina en la ciencia, medita en las conquistas espaciales, no satisfecha ya con el ámbito del mundo. ¿Cuál es la fuerza secreta que hace posible la industrialización y da un carácter mundial a la ayuda a los países de escaso desarrollo? La cultura es la gran fuerza creadora de nuevas necesidades en todos los órdenes de la vida; ella da origen a las modas, introduce y propaga nuevos instrumentos y artefactos, y las masas humanas, aguijoneadas por el crecimiento cultural, experimentan nuevas necesidades que estimulan el comercio y la producción. Por tanto, educarlas y elevarlas a estadios superiores de vida cultural, arrancarles los prejuicios tradicionales inhibitorios es crear nuevas y cada vez más poderosas energías productoras. La conciencia cada día más clara de estas relaciones es el secreto del desarrollo y de la ayuda internacional.

La política de ayuda a los países en desarrollo acelerado no encuentra canales apropiados de realización si los países agraciados carecen de la energía y decisión para sostener y comprender las necesidades de cambios, o no hay en la mentalidad de los dirigentes libertad espiritual suficiente para mirar los cambios de la estructura tradicional de la sociedad como bienes apetecibles y no como meras imposiciones de un destino al cual hay que

resignarse y al cual hay que oponer la resistencia más prolongada.

Antes de proseguir con otras consideraciones, voy a definir lo que es esencial a la sociedad industrial internacional que se está formando, y para ello tomaré las características que son comunes o que se están haciendo comunes a las sociedades que hasta hace poco parecían irreconciliablemente opuestas: el mundo soviético socialista y el mundo denominado capitalista. Al final del año pasado un grupo de científicos americanos publicó un libro luminoso y fértil. *El industrialismo y el hombre industrial* (C. Kerr, F. H. Harbison, J. F. Dunlop y Ch. Myers). Ellos se preguntan: “¿Cuáles son las características comunes e imperativas en esta sociedad universal y a la cual todos los pueblos se están incorporando?” Y responden: “1) A la sociedad industrial corresponde un nivel tecnológico mucho más elevado que al de las sociedades anteriores. La ciencia y la tecnología del industrialismo se basan en la investigación organizada: Universidades, instituciones de investigación, laboratorios y departamentos especializados de las empresas. En esta sociedad es un axioma el que las fronteras del conocimiento no tienen límites. La sociedad industrial también se caracteriza por una inmensa inversión en plantas, equipo y maquinaria que exige una acumulación de capital en escala grandiosa; 2) El sistema industrial requiere de su fuerza de trabajo una amplia capacidad profesional y adiestramiento hábil.

En realidad, la creación de un potencial humano de alto nivel es uno de los problemas más importantes en la transición al industrialismo y, desde el momento en que la ciencia y la tecnología generan continuos cambios, nuevos oficios y ocupaciones reemplazan constantemente a los anteriores. Por estas razones, el industrialismo requiere un sistema educacional que, en forma funcional, se relacione con los oficios y ocupaciones profesionales que la tecnología impone. La variedad de habilidades, responsabilidades y condiciones de empleo en los lugares de trabajo, crean un orden y estructura nuevos de la sociedad. Aparecen nuevos niveles de autoridad de los administradores y administrados al compás de la extensión de especialización de las funciones en los diversos escalones de la jerarquía industrial y, como parte de este proceso de estructuración, las fuerzas de trabajo son dirigidas por una malla de regulaciones que prescriben arrendamientos, compensaciones, promociones, despidos, transferencias, retiros y disciplina en los lugares de trabajo; 3) El industrialismo marcha vinculado a organizaciones espaciales; constituye una sociedad urbana; se caracteriza por vastas organizaciones de administración. La producción de mercaderías y servicios se concentra cada día más en manos de grandes empresas públicas o priva-

das. En una palabra, la sociedad industrial es una "sociedad organizada"; 4) La sociedad industrial, para sobrevivir, debe desarrollar un "consensus" que vincule a individuos y grupos y les dé un cuerpo de ideas, creencias y juicios de valor comunes. Por ejemplo, la fuerza de trabajo debe dedicarse a un trabajo duro y sus individuos deben asumir la responsabilidad de la ejecución de las tareas y normas asignadas al grupo. Sin considerar cómo esto se realiza, la sociedad industrial debe asegurar un ritmo de trabajo y una responsabilidad personal ejercida por los obreros individuales y administradores, que es desconocida en la actividad económica de las sociedades tradicionales".

Los grandes pensadores alemanes en cuestiones sociales o económicas de la primera mitad de nuestro siglo, tales como W. Sombart o Max Weber, entre otros, iniciaron el análisis de los procesos socio-económicos de que era testigo el mundo de la época y sus antecedentes históricos. Ese análisis ha sido continuado por investigadores en todos los grandes centros culturales y científicos del mundo. Gracias a ellos sabemos cómo han procedido los grupos dirigentes de los diversos tipos de sociedades frente a los impactos de las modificaciones sociales y económicas y con qué métodos han actuado los dirigentes de la industrialización. Estas investigaciones nos enseñan cuáles son las líneas más importantes de estos procesos y cómo hay que tratarlos. Es indudable que más incógnitas contiene la explicación de un fenómeno humano que la de un fenómeno físico; pero el desarrollo portentoso de las ciencias físicas no debe disminuir nuestro aprecio por las ciencias del hombre y por aquellas otras que nos esclarecen la posición del hombre en el cosmos. Las ciencias sociales, antropológicas, geográficas y psicológicas han dado pasos de suma importancia en los últimos 50 años, aunque no tan aparentes y populares como los dados por las ciencias naturales. En todo caso, sus enseñanzas son extraordinariamente útiles para no insistir en graves errores del pasado. El olvido de las ciencias humanas permite que reaparezca la actitud primitiva, de que es más importante la casa que el hombre que la habita. "Cada grupo dirigente industrializador —dice Kerr— desarrolla una estrategia para verificar los cambios necesarios en la cultura de las sociedades tradicionales. Los elementos críticos en el ambiente cultural son: el sistema familiar, las clases y razas, los valores religiosos y éticos, los conceptos legales y el concepto del Estado nacional. Algunos de los elementos de la cultura preexistente oponen mayor resistencia a la penetración del industrialismo que otros. Algunas élites, tales como las dinásticas, por ejemplo, procuran preservar los valores tradicionales. En los tiempos actuales las aspiraciones al mejoramiento de las condiciones de vida bombardean las resistencias al

cambio. Por todo esto, la estrategia y el éxito de los grupos industrializadores dirigentes están condicionados, en parte, por la fuerza y rigidez de la cultura preindustrial y también por la revolución que provocan las surgentes aspiraciones nuevas. Al final de estas luchas, la nueva cultura del industrialismo penetra y cambia el orden viejo"...

"Las élites industrializadoras deben realizar una serie de decisiones importantes en el complejo económico y cultural preexistente. Las más importantes son: ¿Con qué rapidez debe ser industrializada la sociedad? ¿De qué manera asegurar la acumulación de capital que se requiere y cómo debe formarse este capital? ¿Cuál debe ser la prioridad que se conceda a los diversos proyectos de desarrollo? ¿Cuáles deben ser las características del sistema educacional y los sistemas para formar administradores técnicos y obreros? ¿En qué proporción el país debe abastecerse a sí mismo o participar en la economía mundial? ¿Debe limitarse, conscientemente, el crecimiento de la población?"

Dos problemas, entre otros, estrechamente relacionados con las decisiones que debe tomar una sociedad que desea integrarse en el ámbito de la industrialización, son la ayuda exterior y la formación de gentes.

La ayuda exterior es una forma moderna de inversión a largo plazo, que realizan los países mejor dotados de capital y de experiencia científico-tecnológica a los países de recursos débiles. Como toda inversión, tiene sus riesgos; pero la industrialización del mundo es tan dinámica y necesaria para todos que bien pueden correrse los azares del futuro. Todas las grandes potencias económicas actuales toman esos riesgos, como lo hicieron en el pasado, cuando en forma más brutal emprendieron los descubrimientos, las exploraciones, la conquista y la colonización del mundo ultramarino. La industrialización de cualquier país necesita ayuda exterior en estos momentos, lo mismo que el desarrollo industrial de las grandes potencias también necesita crear mercados o resignarse a la contracción económica que perturba la industrialización. Es por tanto, un verdadero 'doy para que me des'. La ayuda que las diversas partes del mundo necesitan en estos momentos es tan enorme, debido a la presión local, a la expansión democrática y a la quiebra del antiguo sistema colonial, que la ayuda exterior hay que conquistarla. Esta ayuda tiene dos formas principales en el momento: capital y asistencia técnica. En ambos aspectos la experiencia no es abundante, sobre todo en los países que la reciben, pero tampoco lo es entre los dispuestos a ayudar. El más grave conflicto se presenta cuando los países que la desean deben, al mismo tiempo, salvaguardar su independencia o algunas de sus valiosas tradiciones culturales.

El problema principal que tienen que afrontar

los países de escaso desarrollo industrial es el de la formación de gente a alto nivel; este hecho lo han tenido presente los autores del excelente plan de desarrollo educacional para Nigeria. El plan fue confeccionado por un eminente grupo de científicos angloamericanos y nigerios; ellos han relacionado muy bien la prospección de los recursos humanos con el desarrollo económico de Nigeria durante los próximos 20 años. El Dr. Harbison, de la Universidad de Princeton, se encargó de la prospección de los recursos humanos y es un verdadero modelo en su género. La importancia y urgencia de la planificación educacional las señala Harbison en la siguiente forma: "Nigeria está moderadamente dotada de tierras fértiles, agua, minerales y petróleo para un desarrollo rápido. Los dos factores que la limitan son capital y recursos humanos de alto nivel. De todos los recursos necesarios para el desarrollo económico, el que necesita una inversión de tiempo más prolongada es el de personal de alto nivel y eficiencia en el trabajo. Diques modernos, centrales de energía, industrias textiles o del acero se pueden construir en pocos años, pero se requieren entre 10 y 15 años para formar los gerentes, administradores e ingenieros que las puedan mover y manejar. Escuelas e Institutos superiores se pueden construir en unos cuantos meses; pero se necesitan décadas para formar los maestros y profesores de nivel superior".

Las conversaciones que sostuve con representantes de grupos dirigentes en Francia, Alemania y Norteamérica, durante el viaje que realicé en febrero pasado, me dejaron la convicción de que la preocupación dominante entre los hombres mejor informados acerca de la industrialización en el mundo, es la referente a la planificación de una educación adecuada a las necesidades de nuestro tiempo.

Todos aquellos que han hecho un análisis objetivo de la realidad actual, han llegado a la conclusión de que tienen escaso valor las grandes inversiones, si paralelamente no se hace un esfuerzo equivalente en educación. Vosotros comprendéis que los esfuerzos para construir caminos, edificios, fábricas o canales impresionan al público, pero que las inversiones no aparentes y de resultados lentos y a veces invisibles en educación son las que verdaderamente crean la fuerza de trabajo y proporcionan éxitos auténticos y permanentes. Incansablemente debemos insistir en estas verdades, hasta lograr que la opinión pública ejerza la presión social suficiente para convencer a los dirigentes de que a la educación se debe conceder la prioridad en las inversiones nacionales.

Estrecha relación con el aprovechamiento racional de los recursos humanos tiene la programación de los estudios superiores, en especial el número de años que se destinan a la preparación profesional

y técnica. Ha sido un error frecuente en todas nuestras Universidades prolongar esos estudios excesivamente y con ello restar al trabajo productor tiempo y energías. Unas veces por meras y falsas razones de prestigio profesional, otras para obtener asignaciones a títulos con determinado número de años de estudios, y las más de ellas, debido a la mala organización del tiempo exigido a estudiantes y profesores, las Facultades y centros docentes alargan la escolaridad sin razones suficientes. Lo que podría hacerse en 3 años se dilata a 4 ó 5, sin auténtico beneficio para los escolares.

Creo que los cuerpos docentes de las Facultades deben revisar estos conceptos con urgencia y economizar tiempo y energías juveniles, concentrando más los estudios, intensificando el esfuerzo en los períodos escolares y exigiendo el cumplimiento verdadero del tiempo destinado. Los comités de docencia de las escuelas tienen en esta materia una tarea seria y provechosa que realizar.

Y ahora hemos llegado a un momento peligroso en nuestra meditación; el momento en que los senderos comienzan a separarse y en el que si no aclaramos nuestros conceptos, podemos caer en graves dislates. ¿Cuál es la educación adecuada a esta era de la sociedad industrial? La respuesta fácil e inmediata, y la más peligrosa siempre, es: necesitamos una educación técnica y científica. Mi respuesta es: necesitamos cada día, con más fuerza, una educación general que forme al hombre, le dé la comprensión de su tiempo, le permita hablar y escribir con claridad y elegancia, le cree hábitos de solidaridad apropiados para vivir en comunidad, ser libre y responsable, le permita entender el cosmos en que vive y el mundo humano en el cual convive; y, por último, le dé los hábitos y la convicción de que la vida es una *paideia* permanente y en la cual la posibilidad de renovarse significa verdadera vida. Humanistas y tecnólogos con frecuencia han opuesto la educación humanista a la educación técnica, como si entre ellas hubiera una auténtica oposición. En otro tiempo ella existió, pero hoy tiende a desaparecer. Se presentó en el mundo helénico; el espíritu griego jamás la pudo superar, debido a su concepción de la *areté* humana; el cristianismo destruyó sus bases teológicas y luego la ciencia moderna y sus aplicaciones para el bienestar, sus bases sociales. Muchos espíritus que viven en nuestro tiempo, formados exclusivamente en la latinidad o en el helenismo, no conciben que pueda existir otra visión del hombre que la antigua y mantienen el ideal pedagógico de la antigüedad. Hoy pensamos que cualquiera de las expresiones de la actividad del hombre revelan la totalidad de su ser, sea ella expresión literaria, meditación filosófica, artesanía; todas las obras del hombre están a los ojos de Dios y en cualquiera de ellas podemos alcanzar la excelencia. Desentrañar

esas excelencias, como lo hacemos al examinar un texto literario, es la tarea del verdadero maestro conductor, de esos maestros que debemos formar para la sociedad de nuestros días.

Los pensadores científicos euro-americanos están construyendo los cuadros de la sociedad industrial y determinando sus normas; ellos las exportan a todo el mundo con la imagen de que las tradiciones de Occidente son las que tienen un más alto valor para la humanidad. Este mismo fue el error de sus predecesores, los colonizadores del mundo, que destruyeron o paralizaron los auténticos desarrollos culturales en muchas partes. Contra este esfuerzo de la inautenticidad cultural, como base de una educación futura, ha protestado el actual rector de la Universidad de Bonn, el eminente geógrafo, Prof. Troll, en una magnífica conferencia dictada en noviembre del año pasado al cuerpo académico y alumnos de su Universidad. En ella urge a revisar el problema de la expansión cultural y de la educación de los pueblos de desarrollo atrasado. La geografía cultural estima hoy como totalmente absurda la idea de que caminos y métodos que produjeron buenos resultados en su ambiente original sean válidos para cualquier país o época.

Por otra parte, muchos ardientes promotores de la educación técnica, arrastrados por su entusiasmo, menosprecian la significación educativa de las ciencias histórico-filológicas, las artes y las letras, y con ello cometen graves errores; se privan a sí mismos y privan a sus alumnos de los elevados y estimulantes placeres que proporciona la comprensión de la vida espiritual, empobrecen su visión del mundo y de la vida; convierten a los humanos en todo lo contrario de lo que debe ser el hombre: abierto a las experiencias y listo para modificar el ambiente; transforman el trabajo en una forma simulada de esclavitud y, por último, se incapacitan para adquirir una comprensión integral de la técnica, de su significado en la historia humana y de su valor relativo. Una educación de inspiración puramente técnica a poco andar llegar a ser un entrenamiento de complejos condicionados, manejado por fórmulas hechas. La educación de inspiración puramente técnica presenta aun otros peligros; ella es todo lo contrario al dinamismo y amplitud que tiene la sociedad industrial; por el contrario, tiende a ser estática y a paralizar los cambios. Por eso es que advertimos en la base de todas las sociedades conservadoras tradicionalistas y rutinarias una educación de inspiración puramente técnica.

Pero la educación de inspiración técnica presenta un aspecto aún más sutil y por ello peligroso: se trata de la tecnificación subrepticia de la educación general. Ello ocurre cuando la comprensión que alienta las ciencias histórico-filológicas es sustituida por una infantil explicación naturalista de

aspecto informativo, más que formadora, como ocurrió durante muchos años en los *Colleges* americanos, debido a una desacertada comprensión de la filosofía educacional de John Dewey.

Veamos ahora cuál es la respuesta de la América Latina al reto de la sociedad industrial en la formación de personal de alto nivel. En otra parte he examinado el problema de la formación de científicos en la América Latina; por el momento voy a tomar uno de los índices más reveladores de la actitud de los países de escaso desarrollo con respecto a la formación de su gente; el índice de sus contactos internacionales y, en especial, el envío de su juventud a los más importantes centros del saber mundial. He escogido 15 países latinoamericanos y 15 de Asia y África y uno de Europa, que presentan un desarrollo similar al nuestro en el proceso de la industrialización; he comparado los datos estadísticos oficiales de la distribución de estudiantes extranjeros en las universidades alemanas y en una universidad americana, la Universidad de Berkeley (California) y he llegado al siguiente cuadro comparativo:

	<i>Alemania</i>		<i>Berkeley</i>	
	<i>Alemania</i>	<i>Berkeley</i>	<i>Alemania</i>	<i>Berkeley</i>
Grecia	3.107	41	Brasil	113 14
Irán	2.975	71	Argentina	83 29
R. A. U.	1.804	51	Chile	83 11
Turquía	1.292	18	Colombia	75 15
Irak	456	15	Perú	72 9
Jordania	467	14	Bolivia	66 6
Líbano	201	12	México	52 16
Corea	156	50	Venezuela	50 8
Israel	127	50	Ecuador	34 2
Nigeria	99	1	Costa Rica	25 4
Tailandia	94	29	Salvador	22 10
Ghana	72	2	Nicaragua	17 3
Sudán	60	2	Uruguay	14 3
Etiopía	36	2	Paraguay	12 2
Siberia	29		Guatemala	11 9
	10.975	358		729 141

Como podrá observar, los datos favorecen con gran ventaja a los países afroasiáticos y al pequeño país de la Europa Oriental, Grecia. En el semestre de invierno, 1960-61, había en Alemania 7.768 estudiantes universitarios becados por Alemania o por los respectivos países más arriba mencionados; había 3.107 griegos; de los mismos países había en Berkeley 358 estudiantes. En cambio, de

los 15 países de la América Latina examinados, había en Alemania 729 estudiantes y en Berkeley 141.

Este cuadro nos permite apreciar el esfuerzo comparado de dos zonas del mundo en la tarea de formar gente de nivel superior y llegar a la conclusión general de que el esfuerzo latinoamericano es muy inferior al afroasiático. Los países comparados se encuentran en una etapa similar de desarrollo. Aquí, por tanto, no se incluyen cifras de Japón, Africa del Sur, etc. Nigeria mantiene actualmente más de mil estudiantes becados en Inglaterra por diversas agencias. ¿Es que los pueblos blancos de América Latina no son capaces de igualar siquiera el apareamiento masivo de los pueblos de color en el escenario de la historia universal? ¿Es que una parte considerable del llamado hemisferio occidental carece de la fuerza espiritual para competir con éxito en el desarrollo de la sociedad industrial? ¿Es que esta flojedad nos hundirá por largos decenios en la calidad de continente olvidado y de nosotros se ha de hablar en el futuro como hablaban los griegos de la época de Platón, de la misteriosa Atlántida desaparecida o de la encantadora Tartessos de los tiempos heroicos?

Muchos hombres de buena voluntad en todo el mundo, que observan nuestra historia y nos quieren bien, tienen formada una opinión acerca de lo que nos ocurre; yo comparto con muchos investigadores latinoamericanos la misma opinión: los grupos dirigentes de América Latina han preferido, con escasas excepciones, mantener la tradición feudal, la mala explotación de los recursos naturales, un régimen agrario no sólo estéril sino a veces brutal. La comunidad no ha querido asumir con seriedad sus responsabilidades en la educación y ni siquiera ha querido estimarla como una buena inversión. Con frecuencia, luchas políticas estériles nos hacen olvidar los hechos fundamentales que afectan al desarrollo de la comunidad para llegar a un cuadro general angustioso. No me detendré con vosotros en describir este cuadro demasiado conocido; pero insistiré en un hecho capital: la cesantía forzosa a que entran cada año miles de jóvenes que hicieron doce años de estudios: cesantía espiritual, sin oficio, sin técnica, sin profesión, es decir, sin instrumento ni formación con la cual batirse en la vida moderna y el hecho paralelo de la carencia de obreros calificados, técnicos, profesionales, científicos para asumir las tareas del desarrollo del país. Por un lado se frustran los brazos y las inteligencias y, por otro, nos faltan brazos calificados, inteligencias despiertas y voluntades entrenadas. Chile necesita cambios rápidos, hay que preparar a la gente para esos cambios; hay que invertir dinero, por tanto, en esta gran aventura del porvenir.

Más del 60% de los licenciados de la educación secundaria no pasan el bachillerato; el 40% que pasa esta valla tiene grandes dificultades para ingresar a cualquier Universidad, debido a la preparación menos que regular con que se presentan para iniciar estudios superiores. Algunos creen que suprimiendo el bachillerato se arreglaría todo y olvidan que lo único que se obtendría sería el suprimir la evidencia de que la enseñanza secundaria está deteriorada y necesita una seria y enérgica revisión en su estructura, en sus programas, en los canales de desviación que hay que abrir a los grupos de edad de 13 a 18 años, en las facilidades de laboratorios y bibliotecas, en la orientación y diferenciación de capacidades y aptitudes; pero también en la calidad de su personal y en el sistema de estímulo económico en relación no sólo a los años de servicio, sino al esfuerzo intelectual que realice el maestro para mejorar su nivel profesional.

Sabemos que las necesidades de profesionales son muy superiores a la producción en el país; pero carecemos de los medios financieros para formar el número que se requiere; en el momento actual necesitamos titular más o menos 450 ingenieros al año; todas las Universidades sólo gradúan 200, de los cuales más de 100 salen anualmente de nuestras aulas; por tanto, un déficit acumulativo de 250 ingenieros por año se produce, que aumenta de año en año, debido al crecimiento vegetativo de la población, al ascenso social y a la presión que ejerce la industrialización. Sabemos que la industrialización del país en la actual etapa necesita de 6 a 7 técnicos por cada ingeniero y un mayor número de obreros calificados; el déficit en esta materia es, sencillamente, aterrador. Todos los que trabajan en la producción lo tienen que sufrir; es una de las causas profundas del encarecimiento sistemático de la producción y uno de los impedimentos más serios que tiene la capitalización del país. ¿No convendrá más a los productores chilenos gastar más en formación de gente y menos en desocupación simulada o trabajo deficiente y lento?

En luchas desesperadas con dificultades financieras y humanas hemos logrado, en los últimos años, abrir la Escuela de Ingeniería a 450 candidatos a ingenieros; pero sólo un poco menos de la mitad ha podido cursar al segundo año. ¿Por qué? Primero, a causa de la mala preparación que traen los estudiantes en matemáticas y ciencias; que en un año no alcanza a recuperarse; segundo, a la estrechez de nuestros laboratorios y bibliotecas; tercero, a la carencia de medios financieros para contratar personal más abundante de dedicación exclusiva que atienda a los estudiantes en su formación.

La formación del médico necesita personal do-

cente de dedicación exclusiva, por los mismos motivos la requiere el abogado, el ingeniero o el científico de cualquiera especialidad. En la educación superior moderna no funciona el antiguo sistema de profesores que dictaban algunas horas de clase a la semana, para luego volver a su trabajo privado fuera de la Universidad. Los niveles de formación hoy son elevados y reclaman concentración a la tarea docente y el número de alumnos que debemos atender es muy superior al de años anteriores. Como estos hechos se presentan en casi todas las escuelas de la Universidad, no hay manera de trasladar las inversiones de una parte a otra y no hay razones suficientes para establecer, por ejemplo, que la formación del ingeniero o la del médico es más importante o menos urgente que la de un abogado o la de un científico. Tampoco se pueden abandonar las tareas artísticas, tales como la música o la plástica no sólo porque las reclama con insistencia la nación, sino también la conciencia de nuestro deber de mantener el equilibrio entre ciencia, tecnología y arte en una buena Universidad. Son aspectos de la creación humana superior que se estimulan mutuamente y dignifican la existencia.

Lo anteriormente dicho nos lleva a la conclusión de que la única manera de romper el círculo infernal que agobia en sus bases el progreso de la nación es contar con recursos frescos para acelerar sus programas.

La formación de hombres de nivel superior tropieza con la consigna no explícita de los grupos sociales decrepitos y cansados "después de nosotros, el diluvio", que es la que ha arrastrado siempre a violencias extremas, como lo demuestran numerosas experiencias contemporáneas dentro y fuera de América. Cuando las circunstancias de la guerra de Secesión Americana eran más duras, el presidente Lincoln envió al Congreso de los Estados Unidos, en un proyecto de ley, el instrumento del progreso de la educación superior americana, el sistema de los *Land Grant Colleges*. Por cada territorio que se separa del Imperio Británico, la respuesta británica es un aumento financiero a la educación superior y a la ciencia. Reconstruir la vida científica de las Universidades, decía Otto Hahn, el gran físico, en una conferencia que le escuché en Madrid, en 1950, es la primera tarea de la reconstrucción de Alemania. Todos vosotros conocéis los resultados. Así es como piensan los grandes pueblos.

La formación de gente es la primera y más importante de nuestras tareas nacionales; ella no puede ser entabada por consideraciones de ideologías o religiones, ello sería mortal. ¿No se educan acaso en nuestra Universidad cristianos de todos los credos, judíos, librepensadores, marxistas? ¿Quién nos autorizaría para seleccionar con criterio racista,

religioso o ideológico a los que enseñan? ¿Es que el país desea una Universidad adocenada, unilateral y estrecha? Varias veces he dicho que los salones públicos de la Universidad son el Hyde Park Corner, donde cada cual pueda, con elevado sentido, profesar la doctrina que estime digna, a condición de que lo haga con respeto para todos los ciudadanos. ¿Por qué entonces pretender limitar el financiamiento de nuestro desarrollo y con él, el de todo el país, fundándose en secretos móviles, en móviles que nadie se atreve a confesar?

He dicho que la nación debe invertir grandes energías en la formación de gente que necesita para su desarrollo; ahora agrego que nuestras informaciones estadísticas y encuestas sociales nos revelan que un alto número de estudiantes universitarios carece de los medios económicos para trabajar con un mínimo de tranquilidad y que sus necesidades son superiores a sus energías; los estudiantes a que me refiero son aquellos que después de hacer doce años de estudios primarios y secundarios, pasaron las pruebas del bachillerato y fueron seleccionados por las Universidades; se trata, por tanto, de la élite del país; ellos son la sustancia de la nación. En la lucha por un porvenir mejor es un deber primordial cuidar del sano y eficiente desenvolvimiento de esas energías juveniles, de estos jóvenes que tras pruebas sucesivas han demostrado ser, dentro del sistema social imperante, lo mejor de que dispone el pueblo chileno. Hasta hace pocos años se pensaba que la formación de gente a alto nivel era una cuestión que se regulaba asimismo en la libre competencia de necesidades y servicios; que lo que la naturaleza no daba, Salamanca no lo prestaba. Pero ya no pensamos así. Entonces no se conocían los efectos de las angustias e inhibiciones de orden psicológico de origen económico o social sobre el trabajo intelectual; tampoco se veía con claridad el paralelismo entre los procesos económicos y la educación especializada. Sólo en la mitad del siglo XIX, como efecto tardío de la filosofía de la ilustración e inmediato de la competencia en los comienzos de la era industrial, se percibieron estas relaciones íntimas. Hoy día la variedad inmensa de técnicas y ciencias autónomas, la indeterminación de las aptitudes y vocaciones frente a las especializaciones, el desconocimiento de las familias y de los jóvenes acerca de lo que en realidad pueden hacer bien, el desconocimiento del mercado de posibilidades y muchos otros factores impiden que la oferta y demanda de servicios se regule automáticamente sin gravísimas pérdidas, sobre todo en países de desarrollo acelerado y reciente. Los comportamientos que tuvieron resultados satisfactorios en otras situaciones históricas y ámbitos geográficos y sociales no ofrecen ninguna garantía de eficiencia en situaciones nuevas diferentes.

Por otra parte no podemos ejercer presión sobre la personalidad de los jóvenes y obligarlos a hacer los determinados estudios que el país necesita; pero en cambio podemos informarlos, estimularlos indirectamente y orientar a sus familias y maestros. Esto es lo que se está haciendo en todo el mundo. Ahora bien, el primer paso que debemos dar es el de proteger a los estudiantes que ya eligieron su camino para que lo recorran en la mejor forma posible y que la inversión que en ellos realiza el país sea remunerativa para ellos y para la comunidad. Si un estudiante de medicina nos cuesta más o menos E° 3.000 al año y debido a angustias económicas ese estudiante no puede aprovechar su tiempo, es mejor darle, mediante becas, lo que necesita y no perder las cantidades que se invierten en él. La inversión que haría la nación por este procedimiento asegura su eficacia. Esto es lo que han pensado todos los que tienen experiencia y responsabilidad en estas materias. De ahí que se haya producido en todos los países que quieren avanzar un movimiento creciente en favor del número de becas para estudios superiores y en algunos se piense que los estudios universitarios son funciones de interés público remuneradas. En los Estados Unidos todos los estudiantes que han recibido el grado de Bachellor y continúan sus estudios prácticamente son becados del Gobierno Federal, de los Estados, de las agencias privadas o de las industrias. En Inglaterra más del 75% de los estudiantes universitarios recibe becas. La gran política de becas la inició el Japón al final del siglo XIX y la mantiene hasta el día de hoy con éxito.

De acuerdo con nuestras informaciones, podemos estimar que el 25% de nuestros estudiantes carece de los medios indispensables para estudiar; que esto los lleva a la pérdida de sus energías y al fracaso; que los más vigorosos logran vencer el obstáculo de la miseria, trabajando privadamente, pero restando al estudio el tiempo y la concentración espiritual requeridos y ello, llevando al nivel de la mediocridad el rendimiento intelectual. Esto quiere decir que más o menos 4.000 estudiantes de la Universidad de Chile necesitan ayuda inmediata, a fin de que 4.000 jóvenes seleccionados se incorporen al progreso nacional en un mejor nivel. El gasto que esto supone a la nación alcanza a la cifra de 2.000.000 de escudos por año. En estos momentos la Universidad ha podido, tras grandes esfuerzos, financiar E° 400.000; por tanto, lo que le falta para realizar un programa mínimo de auxilio

a sus estudiantes necesitados es de E° 1.600.000. No necesitamos pagar estas becas en dinero; podemos darlas en alojamiento y subsistencia y, para ello, mediante un plan a largo plazo, construir dormitorios, comedores en ambientes alegres, apropiados a la vida juvenil, a la quietud y al trabajo intelectual, como se realiza en todo el mundo desde China hasta las más remotas regiones de Africa.

Contra estos proyectos siempre se eleva la voz pesimista y agorera que, como ave de la noche, lanza su graznido mortal: no estamos preparados, carecemos de recursos económicos. El hombre entre todos los seres vivos es el que nace y aparece en la historia con menos recursos y menor preparación para sobrevivir; pero él es el único que adapta el medio a su existencia, crea recursos y está abierto a todas las situaciones, aun a aquéllas en que todos los demás seres sucumben. Esta visión del hombre optimista y audaz es la que necesita nuestra juventud; con ella labramos montañas, abrimos desiertos y desafiamos en otro tiempo el furor de los mares. ¿Qué fue de nuestras luchas heroicas? ¿Qué fue de nuestros tiempos audaces?

Miles de egresados que recibieron enseñanza gratuita en nuestras Universidades deberían contribuir, ahora que los tiempos son más difíciles que cuando ellos estudiaron, al bienestar de sus continuadores en las aulas. Es indispensable proporcionar, mediante una ley especial, los medios económicos que las Universidades necesitan para apoyar el trabajo intelectual de la juventud. Un vigoroso esfuerzo, a través de otras iniciativas, particularmente de las empresas, debe sumarse a esta tarea ineludible.

Aún está viva la generosidad del pueblo chileno, que ante los cataclismos luce brillante y activa. Siempre recordaré aquel grupo de 80 campesinos modestos en un rincón de Chile, que regalaron trozos de ladrillos, adobes, tablas y palos, horas de trabajo y jirones del salario para construir una escuela para sus hijos y jamás olvidaré el momento en que una pobre mujer, separándose del grupo, me ofreció lo único que le quedaba en la vida: dijo "tal vez pronto me vaya; allí hay un árbol a la orilla del camino, a cuya sombra me siento a descansar en la tarde, desde allí veo pasar a los niños; el camino es largo, ellos se cansan, tal vez allí podrían reposar, a ellos les dejo la sombra del árbol"; y, luego, como sombra que ella misma era, se escurrió en el grupo.